

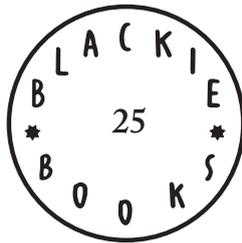




Ceniza en los ojos

JEAN FORTON

Ceniza en los ojos



Traducción de Palmira Feixas

Título original: *La Cendre aux yeux*

Diseño de colección: Setanta

www.setanta.es

© de la ilustración de cubierta: Emiliano Ponzi

© del texto: le dilettante, 2009

© de la traducción: Palmira Feixas

© de la traducción del fragmento de Jean de La Fontaine:
Marta Pino Moreno, en *Fábulas*, Libros del Zorro Rojo,
Barcelona, 2011.

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

Primera edición: marzo de 2012

ISBN: 978-84938745-9-9

Depósito legal: B-4957-2012

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de este libro por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso
de los titulares del copyright.

Un cordero saciaba su sed
en un arroyo de agua pura.
Apareció en ayunas un lobo buscando aventuras.

LA FONTAINE

Primera parte

Al fin ya me he instalado. La cosa ha tenido su complicación. La mudanza me ha llevado dos largos días. No me gustan esas horas de fiebre, esa atmósfera de provisionalidad y de incomodidad que envenena una habitación nueva. Los objetos se extravían. Uno no sabe dónde sentarse. Cualquier tontería te enerva, un ruido insólito, un clavo al que te agarras. Durante mucho rato he dado vueltas y más vueltas sobre mí mismo, como un perro que no tiene donde caerse muerto. Ahora todo está arreglado, he deshecho las maletas y he ordenado los libros. Respiro. Puedo retomar la pluma y garabatear durante horas en este cuaderno. Me reencuentro, a mí mismo, y nada más que a mí, cara a cara con esta soledad que he echado tanto en falta en los últimos dos días, como si fuera una droga de la que estuviera intoxicado.

Una vez más, me encuentro frente a uno de esos grandes cuadernos de escolar que le compro a la señora Ducasse. Un gran cuaderno de cubiertas verdes, de al menos doscientas páginas. Y virgen. Hay que festejar bien esta nueva vida que empieza. Las hojas aún conservan la apariencia húmeda y gris del papel demasiado nuevo. Ya me encargaré de ennegrecerlas. Mi vicio: garabatear el papel, surcarlo. Contarme. Apuntar día tras día los hechos más ínfimos de mi vida. ¡Como si

el retrato que trazo, con una paciencia y una humildad dignas de los constructores de catedrales, pudiera llegar a parecerseme! Cuando releo el diario por casualidad, me veo haciendo muecas, intentando gustar o asustar, jamás yo mismo, extraño. Si la memoria no me restituyera con vivacidad a las mujeres, que son los seres de los que hablo, me resultarían más desconocidas que esos personajes muertos desde hace tiempo que se descubren en viejos álbumes de fotos, en el campo. Pero ¿qué más da? Prácticamente nunca me releo. A pesar de todos mis esfuerzos, aquí no hay más que mentiras, la vana tentativa de alcanzar una verdad que conozco, pero que no sé fijar. De hecho, no escribo para la posteridad ni para reencontrar algún día un pasado que me guste. Mi memoria no necesita ese sustento. Mi vicio es otro. Es un placer solitario. Esparcirse. Complacerse en hablar de uno mismo, sin freno, sin temor a ser censurado o contradicho.

Antaño tenía una excusa. Creía escribir para paliar un defecto de carácter que me impide hablar. Hablo mal. Digo todo lo contrario de lo que pienso. Farfullo, no sé expresar lo que siento. Las palabras se me escapan, las frases se me embrollan y se quedan en el aire, mientras que la escritura me libera. La pluma se desliza sin dificultad sobre las líneas, las palabras se añaden a las palabras sin vacilar. Estoy solo. Declamo en silencio.

¡Qué excusa tan peregrina! He aprendido a conocerme mejor, y me juzgo sin ternura, con esa severidad indulgente que se siente por uno mismo. Ya sé que, si me esforzara, podría expresarme igual de bien que cualquier otro, pero una pereza orgullosa me retiene, un desdén por los demás me lleva a decir: «¿Van a entenderme? Y aunque me entendieran, ¿para qué hablar? ¿Para qué?».

Un desdén injustificado, un orgullo tonto, pero las palabras me parecen inútiles. Siento que no se entablará ningún con-

tacto, y a partir de ese momento me encierro en mi silencio. Guardo ese flujo de palabras como un bien precioso, hasta la noche, hasta ese instante bendito de la noche en el que, enclaustrado en mi habitación, al fin puedo liberarme.

Si fuera vanidoso, tal vez vería más egoísmo que orgullo en este silencio, porque al callarme, al ocultar mis pensamientos, experimento la misma clase de gozo que sentía, de niño, al hurtar una tableta de chocolate para degustarla en la cama, de noche, sin compartirla con mi hermano. Entonces me escondía y sigo escondiéndome. Nadie me conoce. Hasta cultivo la fama de imbécil que me ha granjeado este laconismo para saborear mejor la alegría de decirme: nadie sabe quién soy, y no haré ningún esfuerzo para desvelarme.

*

Para mí, la noche adquiere un sabor a pecado.guardo el anochecer como si fuera una voluptuosidad prohibida, ya que mi afán por ocultar el hecho de que escribo encierra algo vergonzoso. No vergonzoso en sí mismo, sino vergonzoso por la idea que se podrían hacer los demás si descubrieran mi secreto. De hecho, la vergüenza siempre nace de la conciencia de ser juzgado. Sin juez, la idea del mal ya no existe. Con uno mismo se es de una indulgencia perfecta. Uno se comprende, se ama. Nunca he tenido la sensación de actuar mal. Mis únicos tormentos han venido de los otros, al ser sorprendido. Soy un hombre de pocos vicios, pero creo que aunque estuviera pervertido, desquiciado o trastornado, continuaría dándome la razón y comprendiéndome. Aunque fuese un pederasta, no me horrorizaría mi exceso. Aunque fuese un ladrón, un sádico o un borracho, seguiría encontrando la forma de justificarme. Me gustan mucho las mujeres, y puedo decir que he conocido el amor físico en sus aspectos menos puros, y, sin embargo, nunca he sentido que me degradara ni que cometiera un acto

contra natura. Siempre he estado bien en mi piel. Naturalmente, he conocido el aburrimiento y el hastío, pero estas manifestaciones pasajeras procedían siempre de una causa precisa, se tratara de un debilitamiento del deseo o del hígado, que me jugaba una mala pasada. ¿Cómo podría confiarle a alguien que no fuese yo esta buena conciencia, sin pasar por un ser inmoral? ¿Y no intentarían demostrarme enseguida que, en el fondo, esta buena conciencia no es sino una angustia disfrazada? No, prefiero callarme y manchar estos cuadernos.

Y durante todo el día espero con la deliciosa desazón que causa la promesa de un vaso de agua cuando se tiene sed; espero. Vivo, pero como si soñase. Luego, una vez que ha anochecido, hacia las diez, me encierro. Y la noche se abre ante mí, inmensa y profunda, solitaria. Me siento ante la mesa, sin prisa, cara a cara con este compañero ideal que calla y me escucha.

*

Esta noche estoy contento. Temía un poco el hecho de instalarme en un lugar nuevo, el cambio de costumbres, que suele dejarme desamparado durante varios días. Dudé mucho antes de dejar la pensión Mauduis. Me daba cierta pereza. Y el engorro de tener que explicarme y dar razones. Sin embargo, necesitaba marcharme. Mi vida allí se estaba volviendo imposible. Mariette había adquirido un ascendiente sobre mí del que no lograba desembarazarme. Ya no entiendo qué locura me empujó hacia ella. Una camarerilla de hotel, sin ninguna gracia. En los últimos tiempos, aunque ya no nos acostáramos, venía cada noche a mi habitación. Me contaba su vida, hablaba del campo, del amor sobre el heno, de la criatura que aparece y que crían los abuelos. Era una historia tan banal que no logré desentrañar si la había vivido ella verdaderamente o si la había leído en algún folletín. No podía dejar de bostezar de aburrimiento. Nada me

aburre tanto como las historias de los demás. Sus desdichas me parecen imaginarias, carentes de emoción. Y cada noche el mismo cuento, seguido de un arrebató de ternura. Intentaba ablandarme con besos que tenían un gusto asqueroso a lágrimas. Yo aguantaba el tipo, pese al rescoldo del deseo. Esperaba que ella lo comprendiera, que me dejara en paz, pero no hubo forma de que se desenganchara. Tuve que marcharme. Nunca he soportado que se atente contra mi soledad. De muy pequeño ya me ponía hecho un basilisco cuando mi hermano entraba en mi habitación.

De todas formas, antes de marcharme dudé. Era un vestigio de amor propio. Ya estaba harto de ceder siempre. Había convertido la huida en una costumbre, en la defensa de un animal perseguido. Por una vez, quise luchar. También influía la pereza de mudarme. Una noche puse los puntos sobre las íes y le dije cuatro verdades a Mariette. Pensó que bromeaba. Al día siguiente busqué una habitación.

Todo salió mejor de lo que esperaba. No me preguntaron la razón de mi partida. Es verdad que en la pensión Mauduis no me tenían mucho aprecio. La mayoría de las veces yo comía fuera, cosa que me permitía rehuir las insípidas comidas de la mesa de huéspedes.

Ahora vivo en una casa del paseo Belzunce. Podría sentir cierta vanidad al dar mi dirección, pero mi habitación está en el tercer piso, es bastante pequeña, abuhardillada, y no da al paseo, sino a una calle paralela, estrecha y fea. Con todo, estoy a veinte pasos de los teatros y los grandes cafés. Basta que baje tres tramos de escaleras para encontrarme la muchedumbre y las luces.

El cuarto está iluminado por dos ventanas bajas. Tengo que agachar la cabeza para asomarme a la calle. Entonces veo un asfalto húmedo y gris. Enfrente se alzan unas casas altas con los postigos siempre cerrados. Me gustaría ver a una mujer en

una de esas ventanas. Así charlaríamos y nos haríamos amigos sin llegar a encontrarnos nunca.

Las dos ventanas bajas y el techo inclinado dan una apariencia abuhardillada a la habitación, de desván muy pulcro, de suelo blanqueado por la lejía, en el que resuenan los pasos. No he encontrado nada mejor que esta habitación de aspecto triste. En noviembre los estudiantes ya se han agenciado los mejores cuartos. Tendré que esperar al año que viene para mudarme, aunque tal vez entonces ya me habré acostumbrado a esta casa. No soy de mal contentar.

Mi cama está en una especie de recámara, o más bien en un nicho formado en la pared por un saliente irregular de la chimenea. Es un diván bajo, cubierto por una tela áspera y tostada como de sayal. Dos sillas, una mesa y un armario lacado completan el mobiliario. El lavabo está escondido tras una tela de florecillas rosas. Es una habitación de criada, una celda monacal. Sin embargo, me encanta, sobre todo al anochecer, cuando enciendo la gran lámpara antigua, cuya luz de color ocre se expande a través de la porcelana. La estufa ronca. No oigo a mi vecino, Nicolas, un ruso, al que aún no he visto. La casera, la señora Frise, me lo ha descrito como un chico extraño, una especie de poeta barbudo que se dedica a las matemáticas. Al parecer, es discreto. Esperemos. No puedo soportar la camaradería que demasiado a menudo nace entre los vecinos de pisos amueblados. ¡Cuántas veces he tenido que rehuir esa camaradería!

Una simple puerta separa nuestras habitaciones. Aunque aguce el oído, no oigo ningún ruido. No puedo adivinar si el ruso ha salido o si él también me escucha. Tan solo la estufa ronronea con un suave ruido asmático. Esta puerta me exaspera. Lamento que la barrera que separa nuestras existencias sea demasiado fina, que exista un testigo, alguien que me espíe y reconstruya cada uno de mis gestos, ruido a ruido, alguien que, a cualquier hora de la noche, sepa si duermo o sigo en vela.

Tengo que ignorar a ese Nicolas. Desde el primer momento, quiero tacharlo de mi existencia, comportarme como si fuera parte integrante de mi soledad. No quiero decirme a cada instante: me escucha, me oye, ni dejar de moverme, como un niño cogido en falta. No quiero repetir la aventura de la pensión Mauduis y aborrecer mi refugio. Nicolas no me amargará la existencia como Mariette. Sabré guardar las distancias. A fuerza de desengaños, he alcanzado cierta experiencia y ya entreveo el día en el que todo me será fácil. Tal vez al fin llegaré a vivir como un hombre, a aprovechar plenamente mi egoísmo, a despejar mi camino de todos los obstáculos que me ponen trabas, a no agachar la cabeza ante el mínimo fracaso. Tal vez ese tiempo no esté tan lejos... Y es que tengo la extraña impresión de nacer lentamente, de progresar, de desprenderme día tras día del caparazón de tontería y de ignorancia que aún ayer me envolvía; de avanzar de forma segura y lenta hacia una inteligencia más profunda de las cosas y de las gentes, hacia una percepción más exacta y más sensible del mundo.

Cuando reflexiono sobre cómo era el año pasado, creo haberme mostrado torpe e indeciso. Al pensar en las palabras que dije y los gestos que hice, me invade cierta rabia. Al mismo tiempo, se apodera de mí un gran júbilo ante la idea de mis nuevas fuerzas, cada vez mayores y más eficaces.

De todas formas, a los treinta y cuatro años, ya iría siendo hora de alcanzar lo que llamo, a falta de algo mejor, la madurez, esa edad que, para mí, evoca un período sosegado en el que al fin seré yo mismo y estaré seguro de mí, convencido de actuar como es debido.

*

Oigo pasos que suben. Al otro lado del pasillo hay tres habitaciones más bonitas que la mía. Están ocupadas por tres señores graves, antiguos colegas del señor Frise, el marido de la case-

ra. Trabajan en el Gobierno Civil. Mientras liquidaba la cuenta del alquiler, los vi salir, dignos y corteses. La buena mujer me colmó enseguida de detalles sobre su vida.

Los pasos se acercan, largos y firmes. Me sorprende la hora, tan tardía para un funcionario.

Los pasos continúan y pasan por delante de mi puerta. Me había equivocado. Es el ruso, oigo su llave, que chirría. Me siento rarísimo, un poco tonto, pues a pesar de todas mis resoluciones, he estado haciendo el mínimo ruido posible, ante la idea de que me estuviera espiando; de manera que bostezo ruidosamente para dar a entender mi presencia. Así sabrá que no me molesto.

Tenía razón al sospechar. El ruso me ha oído y ha llamado a la puerta que separa nuestras habitaciones. He respondido: adelante, sin pensar que la puerta debía de estar cerrada con llave. En realidad, no lo estaba, cosa que me ha contrariado, pues me creía a salvo.

He cerrado mi cuaderno nuevo a toda prisa. Ese gesto ha sido mi perdición.

—¿Escribe usted? —ha preguntado el ruso.

—Nada importante.

—¿Una novela?

La idea me ha parecido tan cómica que me he quedado desconcertado varios segundos. ¡Nunca se me había ocurrido escribir una novela! Luego me ha divertido que pudiera tomarme por un escritor. Mejor seguir el juego.

—Más bien un ensayo —he dicho—. La novela requiere una imaginación que yo, por desgracia, no tengo.

Se ha puesto a hablar de literatura. Bastante bien, me ha parecido. Es un chico cultivado, sin duda, pero hace mucho tiempo que la literatura ya no me interesa. Leo poco y de forma deshilvanada. Temía que me interrogara y descubriera el embolado, pero todo ha salido bien, excepto cuando me ha dicho que quería hojear *mi obra*. He farfullado una respuesta, y luego he salido del paso diciendo que tenía dudas.